Lo mismo, en mi concepto, deberá pasar con un siderado por un rayo: si por la impresión que causa el agua fría vertida á golpe sobre el cuerpo, en el intervalo de tiempo que debe mediar entre la falta de respiración y la parálisis definitiva del corazón, se restablecen las funciones pulmonares, el corazón seguirá latiendo, y la vida, próxima á extinguirse, volverá á reanimar aquel ser. A título, pues, de estimulante de los movimientos de los músculos inspiradores y espiradores, así como del diafragma mismo despertando los reflejos de neumogástrico, es como creo obra la agua fría, como obraría también en igual caso la flagelación, la faradización, la titilación de la pituitaria con vapores de amoniaco, etc., pero todo á condición de oportunidad, y como el agua fría puede estar más al alcance de quien presencie la sideración de un individuo por recibir sobre sí una descarga eléctrica, no será sin razón aconsejar que se use tal medio que la ciencia justifica.

México, Mayo 18 de 1887.

José María Lugo Hidalgo.

CLÍNICA INTERNA.

DIATESIS CALCULOSA BILIAR CON DILATACION DE LA VESICULA.

CURACIÓN.

El Sr. J. M. A., de buena constitución, tiempo ha que vive atormentado por dolores hepáticos más ó menos exacerbantes, más ó menos periódicos, que no se mitigan por los agentes terapéuticos, sino voluntaria y espontáneamente cuando ellos han recorrido el término acostumbrado (según frase del enfermo).

Sus digestiones han sido tal cual laboriosas, pero sin motivarle diarrea ni oponerle dificultades serias para consagrarse á los trabajos propios de su estado eclesiástico. Tiene buen apetito, gusta mucho del chile y toma un poco de pulque al mediodía y en la noche. No ha sufrido más enfermedad que ésta de que se queja que lo molesta hace veinte años y que ha modificado su carácter á tal punto, que de apacible se ha trocado en irascible.

Este es el cuadro que hoy dibuja mi enfermo y que lo ha apremiado varias veces á optar por la asistencia facultativa, sufriendo las consecuencias de las mal dirigidas prescripciones y de las absurdas apreciaciones diagnósticas, se extiende mucho sobre este punto, que no creo necesario prolongar.

Al consultarme y referirme lo que en concreto he apuntado, agregó: si sólo eso fuera lo que siento, de seguro que no molestaría la atención de ningún facultativo, pues estoy perfectamente desilusionado; creo que mi enfermedad no tiene curación; pero es el caso que ahora soy víctima de un abatimiento extraordinario, siento una gran debilidad en el cerebro, que mi vista escasea no en fuerza de la edad (eso lo vería natural) sino de una manera exabrupta, que en la calle quiero caer á cada instante, que mis piernas flaquean, que el apetito comienza á faltarme, y por último, que el dolor en el hígado se ha hecho continuo aunque no insoportable, y que tan solo puedo dormir del lado derecho, pues si me vuelvo hacia el izquierdo, el tumor me lo impide, y siento que el dolor se hace más intenso y me parece que me tiran del hígado con una cuerda ó que pende de él una bala de veinte onzas.

Tal es la relación que han oído vdes., tan concisa como elocuente, recogida casi al pie de la letra, y la que desde luego induce á pensar en la clase de padecimiento de que nos vamos á ocupar.

El enfermo que presento á vdes., mis ilustrados consocios, es un individuo de muy buena estatura, entrecano, grueso aunque no deforme, bien musculado, buen aspecto; mide $1^{m}70$ de estatura, circunferencia del pecho en la inspiración 0,87 y 0,80 en la espiración, la abdominal es de 0,90, edad cincuenta y dos años, color moreno amarilloso, debido esto último á la infiltración biliar general y más pronunciada en las conjuntivas y encías.

Auscultado en la región precordial, encuentro los ruidos del corazón claros y distintos, aunque algo enérgicos, quizá por la robustez dominante en todos sus aparatos. Nada que me indique un estado anormal de las válvulas, ni ningún padecimiento allí, no obstante que él acusa dolor en la región precordial y sensación frecuente de detenimiento en los movimientos del corazón.

Pulmones en pleno funcionamiento, vértices algo catarrales; esto no es extraño á su edad ni á la altura y clima en que ha vivido (San Pedro el Alto, Oaxaca.) Percutida la región, encuentro el corazón en su tamaño y condiciones normales.

El hipocondrio derecho, respecto del izquierdo, nos da una diferencia en la mensuración, como de seis centímetros: la vista sola es bastante para apreciar este aumento, que es producido por la exaltación del fondo de la vesícula biliar; la región dolorosa á la presión, particularmente en el lugar que hace salida.

A la percusión, en la línea axilar, tamaño y condiciones normales; siguiendo la de la tetilla, observo que la matitez se extiende cinco ó seis centímetros más de los límites ordinarios hepáticos, hasta figurárseme un tumor flotante en la cavidad; pero éste no cambia de sitio, está, por el contrario, muy firme en el suyo.

Interrogado sobre sus funciones todas, excepción hecha del apetito de que ya hablé, todas caminan en buen órden; no obstante, está á veces constipado, escasean un tanto sus orinas y dejan sedimento rojo abundante.

Ha examinado há tiempo sus materias fecales, por indicación del médico que lo asistía, y dice haber encontrado cálculos que no me mostró por haberlos perdido, declaración que me abrevió el tiempo para el diagnóstico que, aunque con la debida reserva, formulé así:

Diátesis calculosa biliar, con dilatación de la vesícula? . . . . . al menos esto es lo que surge de los antecedentes hasta aquí, y pronto vamos á ver justificado este grande error (si lo es), pues aun siéndolo, abre una nueva vía para la observación de casos que pueden ser frecuentes.

Se hacen tantas reflexiones á la cabecera del enfermo y lejos de él, cuando errada ó discretamente se llega á este momento solemne á que yo llegué, cuando se aman ardientemente las ciencias médicas y cuando se está ya dispuesto en conciencia á combatir una enfermedad, con tanto más denuedo, cuanta mayor es la firmeza del diagnóstico, que me dije: Los cálculos pueden permanecer en la vesícula muchos años, sin producir accidente que haga sospechar su presencia ni influir manifiestamente sobre la salud; esto lo estamos mirando todos los días. ¿Cuándo y por qué se interponen? . . . . . cuando son muchos y la vesícula no puede ya contenerlos estando estimulada á contraerse por ellos mismos constantemente, ó siendo pocos pero existiendo en una vesícula pequeña, ó aun siendo único pero sobrenadando en una gran cantidad de bilis: esto nos lo explica un axioma de física: todo cuerpo poco denso encerrado en una cavidad llena de líquido, tiene tendencia necesaria á salir por el conducto, por donde debe salir el líquido contenido en esa cavidad: este precepto nos sirve de recurso para diagnosticar, sospechar al menos con fundamento, la presencia de cálculos urinarios. . . . . .

Tales fueron mis reflexiones, y acomodándome á la primera de ellas, juzgué que en mi caso había distensión vesicular, y que supuesto que la afección es antigua, y han sido vistos los cálculos, concluí, que aquí no había simplemente cálculos, sino muchísimos cálculos, un laboratorio inmenso adonde pasa algo que quizá sirva para establecer precedentes de alguna importancia práctica, por lo que veremos más adelante.

Preocupado con el relato de cuatro ó cinco personas que muy agobiadas por la afección calculosa hepática, tres de ellas y una de arenas y cálculo vesical urinario, habían curado bajo la influencia de la *doradilla* en cocimiento, y tomado cuatro ó cinco veces por día, creí llegada la vez, vi el caso-tipo en que habría de inquirir y deducir algo de verdad acerca de la influencia que este vegetal tenga sobre la diátesis calculosa, cuáles sus efectos, etc., etc. (y la verdad sea dicho de paso, aún no sé ni á qué familia pertenece).

No me guiaba tan sólo la curiosidad: ha tiempo que en mi cerebro germinaba

la idea de que los cálculos pudieran tener en el elemento mismo en que se forman, su cuna y su tumba, su nacimiento y su muerte; que por cualquiera circunstancia ajena ó propia del dinamismo individual, en que la economía se desembarazara del principio morbífico, sostenedor de la diátesis, esos cálculos perderían no sólo los elementos de formación y de desarrollo en lo porvenir, sino que obligados á permanecer desde ese momento en un elemento ya extraño á los efectos de su patológica formación, concluirían por destruirse, disolverse ó aparecer convertidos en arenas.

Esto pensaba, pero ni me atrevía á darle forma, ni presentia escribirlo; era una de tantas ideas que se proyectan en la imaginación, sin dejar una estela que sirva de base para un comentario, de objetivo para un estudio formal.

Pero había llegado el caso cuya solución deseaba ardientemente, y era para mi, objeto de verdadera preocupación.

Decidí, sin demora, someter á mi enfermo á la influencia de la *doradilla*, cuatro veces al día; le daba 125,00 gramos de cocimiento, que representaban 2,00 de la planta en cada vez, es decir, 8,00 al día.

Éramos 26 de Enero de 1886: mi enfermo llevaba veinte días de estar bajo esa influencia, sin que yo pudiera observar en él cambio alguno, ni nada que pudiera entusiasmarme en favor del vegetal que venimos observando. Insistir era lo indicado; transcurrieron otros veinte días, y al final de ellos pude observar que los síntomas cerebrales de que ya hablé en lo general, habían desaparecido; que el dolor en la región abultada de la vesícula estaba notoriamente disminuido: mi enfermo meaba mucho, pero mucho, y enflaquecía. Continúo por otros quince días; disminuye notoriamente la prominencia del lugar de la vesícula, la región es muy sensible: he tenido á mi enfermo, durante este tiempo á leche y caldo, y ya está exasperado: había evacuado con dolores hepáticos bien pronunciados, y por vez primera, desde que estaba en tratamiento, dos evacuaciones entreliquidas; las analizo, las escudriño y encuentro algunas arenas muy obscuras y tres cálculos? *(contenido del frasco núm. 1.)*

Mis esperanzas caminan á la realidad. ¿Qué hacer en ese momento? Apenas principiaba y ya quería concluir; me reprochaba no haber examinado con anterioridad los excrementos, aunque los veía formados y con el colorido que toman bajo la influencia de la dieta láctea; creía que ya se me habrían escapado todos los cuerpos extraños, y hacía mal y muy mal; pensaba con la boca en presencia de mi enfermo, y éste me temía; refería todos sus dolores á la salida de los cálculos; su enflaquecimiento á la administración de la *doradilla,* y le parecía que debíamos esperar un poco á que él comiera y restituyera para volver á la carga. Aunque no con poca dificultad logré convencerlo.

Era preciso procurar la expulsión de todos los cálculos que hubiera, ya que, como veremos adelante, uno de ellos estaba en camino de destrucción. Prescribí: embrocación belladonada y atropinada, frecuentemente á la región hepá-

tica; seis cápsulas de taurina, tres en ayunas del siguiente día, y las tres restantes, una cada dos horas después del mediodía respectivo; dieta láctea como antes, quietud, ninguna exposición al aire, cocimiento ligero de cebada para calmar su sed. Especial recomendación de no tocarme las evacuaciones habidas durante el día y la noche, designando un trasto para cada una que verificara, hasta que yo dispusiera de ellas.

El día 1.° de Marzo, mi primer interes, mi primera atención, debía ser, como lo fué, mi enfermo: encontréle lánguido, muy desencajado, cansado, de muy mal humor: el efecto purgante lo había estropeado demasiado, y aunque mejorado mucho del dolor, ni se daba cuenta de esto por el quebranto general que experimentaba. «*Como lobo sobre su presa, está vd. sobre mí, doctor:*» ese fué su primer saludo; el pulso latía 96 veces por minuto: la temperatura á 38,5, su respiración normal, no tiene apetito, desea leche helada para calmar su insaciable sed. El vientre es mucho más suave á la palpación y mucho menos adolorida la región que ha soportado tantos años el dolor. Ha verificado seis evacuaciones, tres muy abundantes, exceptuando la primera, que tiene como todas las que inician el efecto purgante, el color excrementicial fisiológico; las restantes eran de color amarillo subido y muy cargadas de moco.

El enfermo se encontraba mejor sin duda alguna.

Con la mayor escrupulosidad principié mi investigación excrementicial; híceme llevar agua caliente perfectamente limpia y pasada por un lienzo; vacié en un trasto de porcelana como ocho cuartillos del agua, y con ella mezclé las dos primeras evacuaciones, de antemano provisto de una palita delgada de madera que me facilitara deshacer las bolas excrementiciales á satisfacción. Asentando y decantando y renovando el líquido tantas cuantas veces fué necesario, llegué á obtener como resultado de esta repugnante ocupación, el importante residuo, que convenientemente separado en sus tres calibres, ocupan los *frascos 2. 2' 2"*; lo mismo verifiqué con las cuatro restantes, y en ellas encontré el contenido de los *frascos 3. 3' 3"*.

Hora y media tardé en la investigación cuyo resultado me fué altamente satisfactorio; recogí cuidadosamente aquel residuo, lo desequé convenientemente y lo mostré á mi enfermo. Se recordará que el enfermo me temía. Mi objeto al hacerlo así, á nadie se esconde: no era yo el médico que después de obtener por medio de un contraindicado vomitivo, un fragmento de seudomembrana en el crup, lo muestra á la familia como seguro preludio de terminación feliz, sin pensar que no habiendo combatido la causa, tras aquella se formará otra y otras más. . . . . no señores; era, que yo temía en aquel estado de abatimiento y de postración en que mi enfermo se encontraba, agregado á su reconocida pusilanimidad, pusieran coto á mi afán, fueran un obstáculo á mi curiosa exploración.

Los resultados de mi exposición de arenas y cálculos me fueron altamente

satisfactorios; mi enfermo fué presa de un delirio, de una ilusión perfecta: en su semblante se dibujó aquella expresión que significa el regocijo que tiene el que se ve emancipado de una espina enterrada, de una muela que duele, etc., etc., de un elemento que está causando daño, molestias y dolores al presente, y que precipita á la tumba en un tiempo más ó menos remoto, é irguiéndose en su lecho me dijo: «Doctor, confieso á vd. que ya me alarmaba su entusiasmo y su «severidad para tratarme; ahora veo y siento que no debo preocuparme; estoy «muy satisfecho; me explico mi abatimiento; pero también siento alivio: siga «vd. la senda que tenga trazada en mi curación, y Su Divina Majestad lo ilumi-«ne y le dé luces bastantes para sanarme completamente.»

En vista de esto, que no era para mí sino el ideal perseguido desde el principio, docilitar á mi enfermo, prescribí: medio pocillo de la bebida (doradilla) cada dos horas y una cápsula de taurina cada cuatro; dieta láctea, quietud y recomendación expresa para la guarda de las evacuaciones, que debía someter á la misma escrupulosa investigación del día anterior.

El día 2 mi enfermo bien, muy bien; muy poco dolor; siente mucha debilidad; dasea cambiar de alimento; tiene mucha sed; pulso y temperatura como ayer; cuatro evacuaciones en las veinticuatro horas, no muy largas, pero sí muy líquidas, poco fétidas, de color amarillo moreno. En su moral, espléndido; refiere sus dolores á la expulsión de cuerpos extraños y no lo afectan; su preocupación y su deseo es tal, que me asegura que hoy los arrojó, que los ha sentido por el recto, que los ho oído caer al evacuar.

Desiste voluntaria y espontáneamente del cambio de alimentación que pedía, porque supone que con la dieta láctea no habrá obstáculo para seguir expulsando ni para seguir investigando sus excrementos.

Hago mi inspección, y encuentro en las cuatro evacuaciones el residuo contenido en los *frascos 4. 4' 4"*.

Ante un formidable enemigo sobre quien no obstante se van obteniendo señaladas victorias, la pasión aconseja insistir con el mismo ardor; pero la razón y la prudencia médicas aconsejan de distinta manera, pues engolfado en éste como en otros casos, se puede pecar de indiscreto, y posible es perder lo que es una verdadera conquista, inutilizando al enfermo y no pudiendo proseguir hasta el término deseado y sin interrupción, una observación importante.

No me obligan á raciocinar así ni el estado de mi enfermo ni ninguna otra consideración hostil á mi propósito; para alejar mis recursos tengo una razón poderosa; la cantidad de cuerpos extraños ha sido mucho menor.

Los días 3, 4, 5, 6 y 7, el enfermo continúa bien; se ha alimentado con caldo y sopa á medio día y un poco de vino muy delgado, leche á mañana, tarde y noche; su prescripción ha sido un pocillo de la *poción* en ayunas y otro por la noche, una cápsula de taurina á las diez de la mañana.

Tan solo una evacuación al día, que inspeccionadas diariamente por una se-

ñora de la familia, tan escrupulosa y tan concienzudamente como las señoras verifican estas cosas, han dado por resultado el contenido del *frasco marcado con el núm. 5.*

El día 8 prescribo una cápsula de taurina cada cuatro días, un pocillo de la poción todas las mañanas, alimentación amplia y suficiente á reparar las pérdidas, aunque lo más sana posible. Baño tibio cada cuatro días: entrar en parte al desempeño de su ministerio.

Dejé de verlo cerca de un mes, sin voluntad de abandonarlo tanto tiempo, pero así sucedió: el 3 de Abril lo encuentro en un estado francamente satisfactorio, casi en estado fisiológico.

El hígado indoloro y en condiciones de volumen normales; ya no hay ni vestigios de aquella prominencia. Desea consagrarse del todo á sus tareas. Ha disminuido diez kilogramos en peso. Durante este tiempo ha evacuado unos días una vez y otros nada, según la distancia á que tomaba la cápsula.

La inspección se ha hecho con la misma minuciosidad que antes, dando por resultado pequeñísimas cantidades de arenas que he agregado al *frasco núm. 5.*

Prescribo: suspendo la taurina y tan solo dejo un pocillo de la *poción* cada tres ó cuatro días; lo pierdo de vista el resto de Abril y gran parte de Mayo, hasta el 21 que lo visito. Me refiere que se ha dado de alta por completo; que ha cometido desórdenes alimenticios de gran cuantía y que aun ha olvidado de tomar la *poción* las más veces. En suma, señores, que mi enfermo está en pleno estado fisiológico reconocido por mi y sancionado por las pruebas á que ha sujetado el funcionamiento de todos sus aparatos, particularmente las vías digestivas.

Hasta la fecha en que mal forjo estos datos, mi enfermo tiene el pomposo título de bueno y sano. . . . . .

. . . . . .

REFLEXIONES.

Muy digna por mil títulos es esta observación de hacer muchas reflexiones, y siento hoy más mi incompetencia para dar á éstas la extensión que debiera y que merecen: haré un esfuerzo cuando menos de claridad.

¿No es digno de notarse la circunstancia de haber permanecido tanto tiempo encerrados en la vesícula biliar tantos cálculos, sin producir mas que una dolencia más ó menos tolerable?

¿Qué significación tiene ó debe tener esa forma que vemos en los cálculos? Se advierten en ellos caras lisas, aplanadas, que parecen amoldarse ó articularse á otros de sus congéneres, manteniéndose en una posición fija desde su completo desarrollo, simulando una aglomeración parecida á la de los huesos del carpo ó tarso.

¿Qué significación tiene ó debe tener para nosotros, el pulimento y dureza de unos, comparada con la aspereza y perforaciones de otro cuya densidad es menor por mitad que la de los primeros, y que conservan, no obstante, las señales de haber participado de la misma forma, dureza y condicionos que éstos? La debe tener, la tiene; si tan solo hubiéramos encontrado alterados en su constitución á los cálculos de gran tamaño, concluiríamos que, llegados al mayor apogeo de su desarrollo, habrían de sucumbir destruyéndose poco á poco y en la forma más apropiada para ser eliminados por los estrechos conductos naturales: esto aunque nadie nos lo asegura, no repugna; lo nacido ha de morir. Pero si repugna, por ser contrario á esa misma ley, á ese gran principio del desarrollo de los organismos todos que en los cálculos pequeños tengamos tantos ejemplares casi destruidos unos, y otros en vía de destrucción, pues esto indica que alguna influencia contraria á los efectos de esta diátesis se ha opuesto á su desarrollo, y no sólo ha quitado los materiales para su crecimiento, sino influido en sentido contrario de su formación, sujetándolos á esa especie de necrobiosis en que se encuentran y que los va reduciendo poco á poco á esas arenillas muy fáciles de salir por los canales conocidos; esto se puede comprobar con solo triturar en un mortero uno de los cálculos más avanzados en su destrucción y comparar el residuo de esa trituración con la arena que tenemos á la vista.

Que esa destrucción de que he hablado obedezca á la influencia de la *doradilla*, no me atreveré á afirmarlo, aunque tengo á la vista un ejemplar de fuerza tal que domina el espíritu más refractario, y que si comprobado fuera, como resultado de la administración de la *doradilla*, sería un gran paso en el progreso terapéutico, de afección tan frecuente como grave y dolorosa; se trata de un cálculo urinario que ocupa el *frasco núm.* 7.

Practiqué la operación de la talla, en unión de dos de mis más apreciables compañeros, Manuel Rivadeneyra y Secundino Sosa, en un joven de diez y seis años, que sufría desde la edad de cinco, y extraje el cálculo que tienen vdes. á la vista.

Desde el primer momento atrajo mi curiosidad una circunstancia de él; apareció duro, muy duro, como son siempre, pero sólo en una parte de él, la de más espesor; la otra, notablemente reblandecida, al grado que pude haberla destruido con los dedos, á no detenerme la preocupación que ya tenía sobre el caso que nos ocupa. Acto continuo inquirí sobre si alguna vez se había propinado al enfermo algún vegetal, pues viniendo de Huejotzingo, y no habiendo médico en ese lugar, lo más probable era que hubieran echado mano de muchos de esos remedios que el vulgo llama caseros y de entre los cuales se encuentran agentes hérvicos, caídos en desuso sin saberse por qué: con asombro, á la vez que satisfecho, ví que durante los tres primeros meses del año y otros anteriores á esa época, había tomado diariamente en ayunas la infusión de la *doradi-*

lla (una taza) por recomendación de un viejo curandero de San Martin Texmelúcan; que habían observado que cuando la tomó meaba más cantidad, aunque con los mismos dolores, y que arrojaba arena; que dejó de tomarla porque no tuvo fe, etc., etc. . . . . Que el cálculo, aun seco como está, puede desmoronarse en casi una tercera parte de sus dimensiones, es un hecho que está á la vista. ¿Es debido esto á la *doradilla?* ¿Los cálculos cualesquiera que sean se destruyen al cabo de un tiempo determinado, aunque largo? . . . . . Esto es lo probable, y creo que más que probable, pero de ninguna manera excluye ni contraría los efectos posibles de la *doradilla.*

Concluyo, pues, que: la *doradilla* parece tener una influencia sobre la diátesis calculosa en general.

Que parece que los cálculos tienen origen, desarrollo y muerte en la cavidad adonde se han formado, ya por el transcurso del tiempo ó por la influencia de recursos que contrarien ó se opongan á su formación.

Que parecen estar colocados en posición no variable, hasta su más ó menos completa destrucción.

Que no debe intentarse por medios violentos la expulsión de ellos, sino conformarse con la de las arenillas; y

Que la taurina es indudablemente el mejor estimulante de las contracciones de la vesícula. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ninguna de estas proposiciones descansa más que sobre un hecho aislado, y por consiguiente, no puedo afirmar ninguna: antes he querido dejar al último las objeciones que yo mismo he formulado en contra mia, como vamos á ver.

Se recordará que he omitido ocuparme del análisis de esos cuerpos que presento: sobre ser materia de especialidad, cultivada tan solo por inteligencias como la de mi querido condiscípulo Fernando Altamirano, no he contado con el tiempo para ello; por esto relato mi observación bajo el punto de vista clínico, sin siquiera haber consultado lo que nos dicen los autores sobre la materia; *los hechos tal y como se sucedieron hasta la salud de mi enfermo.*

Recorriendo el inmenso folio de recetas que el enfermo guarda, se ve marcadamente que todas ellas se han dirigido á combatir un padecimiento del aparato biliar, y esto es prueba plena de que la afección se acentuaba en ese aparato. Vejigatorios de los cuales conserva varias huellas en la región hepática; colagogos, alcalinos, toda clase de laxantes y eupépticos, masa azul, etc., etc. . . . El inolvidable Dr. Lucio prescribió á este enfermo el bitartrato de potasa, y sabido es de todos los que tuvimos *el alto honor* de ser sus discípulos, que lo recomendaba para los cálculos biliares.

Los primeros cuerpos extraños obtenidos llamaron mucho mi atención; su forma, su textura, su color, todo me parecía indicar un fruto retenido en el es-

tómago ó en los intestinos durante mucho tiempo, sin embargo de no ser aceptable tal razonamiento, particularmente los pequeños que desde luego dan idea de semilla de jitomate *(frasco núm. 1);* ya en el *frasco núm. 2* principió á chocarme, primero, la infinita cantidad de esos corpúsculos pequeños parecidos á la semilla indicada, teniendo la conciencia de la dieta láctea á la que por tanto tiempo sometí á mi enfermo; segundo, los mismos, más desarrollados, pero con la misma pulidez que los anteriores, y muy particularmente los que vinieron ya en estado de destrucción.

Los pequeños, machacados, tienen, como se verá, una consistencia mil veces mayor que un fruto de la naturaleza de los de su parecido: esto se comprueba rompiéndolos con los dientes, y además, van creciendo, desarrollando y adquiriendo muchos de ellos la forma en estribo, según se ve en el *frasco núm. 3*, y que se presenta muy repetida en los ejemplares que remito, advirtiendo que tanto aquellos como éstos, vienen á su destrucción, como lo indican los ejemplares contenidos en el *frasco núm. 6*.

Que en las arenas existan cuerpos que no procedan de la vesícula ó que no deriven de la destrucción de estos cuerpos, es probable y hasta seguro; ya he dicho que he colectado, no analizado; pero tritúrese como he indicado, uno de esos cuerpos en vía de destrucción, y se obtendrán arenas como las del *frasco núm. 2"*, que comparadas con las del *frasco núm. 5*, nos muestran la notable diferencia de la época en que mi enfermo comía algo variado, y la en que estuvo á dieta láctea.

Así, pues, si todo eso que muestro no estaba en la vesícula y de tiempo atrás, ¿por qué ese abultamiento de ella, ese dolor constante, esa icteria pronunciada, esa apreciación facultativa tan unánime, y sobre todo, el alivio completo al expulsarlo?. . . . . .

Y si no estaba allí ¿adónde. . . . . ? Existen en el tubo intestinal y cerca del hígado repliegues bastantes para abrigar cuerpos extraños acumulados allí durante mucho tiempo, causando tanto daño y siempre con manifestaciones del aparato biliar? . . . . . .

Periculosum est credere et non credere.

Yo someto gustoso todas estas reflexiones que me sugiere mi natural desconfianza á todo lo que hago, á la sabiduría de mis respetables consocios, creyendo cumplir así con mi deber y ofreciendo continuar este estudio y comunicar nuevas observaciones siempre que el caso se presente.

Puebla, Febrero de 1887.

SAMUEL MORALES PEREIRA.